



Versaciones de un chupaplumas

Abanicándose con el catálogo

[2]

que no era tal sino un periódico deportivo en el que me inspiré — no sé por qué, o sí quizás porque el hombrecillo del mono¹ era, pese a su mediana estatura, bastante fornido y no por grueso, que no lo era, sino por musculoso y eso, junto con el color enrojecido, casi amoratado de su cara, me sugirió trabajo duro en un ambiente muy caluroso — pero ella cerraba y abría² haciendo, sin saberlo, el sonido característico de las varillas de los verdaderos al entrechocar y, a mí (supuse que sabiéndolo porque su tono parecía real, muy convincente), reproches por no haber inventado “otro tipo de historia — dijo —; de otras gentes que no fuésemos ni yo, ni mi marido, ni sus padres ni mis hijos ni... Pero en qué medida ni con qué argumentos, me pregunto³..., y muchas veces me lo he preguntado desde que entro usted en nuestras vidas o, bueno, nosotros en la suya, tengo derecho alguno a...”.

Y puse, por propia iniciativa, los puntos suspensivos, y cerré las comillas, y coloqué el punto final porque tuve la seguridad de que ella no iba a terminar la frase; pero...

— No vaya tan deprisa — había cerrado el bolso y puéstose⁴ de pie, pero volvió a sentarse y, en tono que denominaré “incisivo” porque no sé cómo calificarlo pero tan nuevo

¹ Pulsar para verlo en página 1

² posiblemente porque (aunque no podría decirlo con exactitud porque sí recuerdo que la situación tuvo lugar unos renglones más arriba, puede incluso que en la página anterior, se forjó sólo en forma de imagen en mi mente) Lola lo nombrase y yo, atento a lo mío, no le prestara suficiente atención.

³ Y lo cerró, y tuve entonces la certeza de que era verdadero porque el chasquido de las varillas fue, esta vez sí, inequívocamente auténtico.

⁴ Pensé “se había puesto de pie” pero la frase no quedaba bien con dos “había” tan juntos y, además, de esta manera resultaba, en lo que siempre había considerado ingenuamente “mi opinión”, más literario.

en ella, tan cargado de un no sé qué inquietante que me desasosegó —: ¿O es que tampoco usted quiere saberlo?

– ¡Pero claro que sí! Todo cuanto usted se pregunte yo me lo preguntaré. Si desea seguir hablando quitaré los puntos suspensivos, y volveré a abrir las comillas, y ese punto ya no será final...

– De eso puede estar seguro — y dejó escapar una risita ahogada, aunque muy audible, que no supe el porqué se me antojó malévola.

– Y lo estoy — repliqué sin querer dejar traslucir mi malestar; y mostrándole los renglones que escribí desde que guardara el abanico —; mire, ya no es final.

– Ni lo sería, jamás... — parpadeó, y levantó la vista y la fijó por un instante en la fragua, y recordé que estábamos en el museo, y fui consciente de que ella estaba pálida — pero usted, como todos, no quiere saberlo; prefiere seguir viviendo, si es que eso es vivir, en la ilusión de que...

Y como está vez no sólo se puso de pie sino que echó a andar, que lo sé porque oí repiquetear en el pasillo los tacones de Lola, y mi amigo dijo “vamos a parar mejor aquí” aunque la cafetería no era la de siempre ni habíamos caminado tanto mientras él, impaciente, leía los folios esquivando a los transeúntes; y como además yo mismo prefería no seguir porque estaba asustado, coloqué, ahora sí, el punto final a estos...

– Mira, casi tres folios — dije en voz alta, mientras los barajaba —; no está mal.

– Pero estás — mi madre, tan demoledora como siempre — en un tris de echarlo todo a perder.

– ¿Hoy viene solo? — Aunque estaba en una cafetería distinta y no era la camarera de siempre.

Versaciones de un chupaplumas

Abanicándose con el catálogo

[4]

Y pedí un café y dejé los folios a un lado. Y no quise seguir escribiendo, temeroso de que mi madre tuviese razón.